

# La diversidad (biológica, cultural) convertida en la sal de la vida

EDUARDO MORA

## Ambientalismo y élites ideológicas propugnan modelos de interacción social semejantes en su forma

Principalmente el ecologismo, pero también tenuemente las otras corrientes del movimiento ambientalista -del que el originario ecologismo es una vertiente-, propugnan un modelo de organización social que en varios de sus aspectos formales definitorios es consonante con el modelo de interacción social (incluyendo aquí las interacciones sociales internas de cada uno de los subsistemas que conforman la sociedad humana) promocionado en nuestra *era de información inmediática* por los poderosos organismos políticos y económicos supranacionales y las élites ideológicas que orientan los subsistemas sociales de la educación, la moral, el arte y las letras, el derecho y la política misma. Tales organismos e ideólogos de élite consideran que lo *políticamente* -e incluso *técnicamente*- deseable a fin de que la sociedad marche mejor en sus diversos aspectos, y de hecho lo cada día más dominante, es la comunicación permanente y multidireccional sin centros que administren y concentren la información, también las relaciones directas -sin mediaciones- entre los actores sociales, así como la organización en redes y no jerarquizada y la participación plural en todos los procesos de decisión. Consonantemente, el ecologismo desde su inicio, y ahora el ambientalismo aunque sin ahínco y no unánimemente, ha reivindicado la participación política directa de los ciudadanos, el trasvase de poder del Estado a aquéllos, la gestión de las unidades de producción económica de parte de las poblaciones locales y, más en general, la imperancia de economías a escala

humana regidas por los ciudadanos, y no al revés -todo esto en función de una relación más armónica con la naturaleza pero también por su valor en sí mismo- (MORA, 1996).

Ésta no es una convergencia de dos entidades autónomas: por un lado el ambientalismo, y por el otro, o bien la expansiva racionalidad de mercado -que impulsa una descentralización del poder y su dispersión en multitud de relaciones de mercado-, o bien la creciente y multiforme participación ciudadana (en el sentido débil del término, no como forma efectiva de democracia) a través de los expansivos sistemas de comunicación informatizada; sino que es un solo fenómeno. El ambientalismo es expresión y signo distintivo de esta época tanto como esta época es ambientalista (no ecologista), por lo que las entidades y fuerzas que marcan preeminentemente el carácter de esta época son -unas prácticamente y otras sólo retóricamente- ambientalistas, y, a su vez, el ambientalismo comparte muchas orientaciones de aquellas entidades y fuerzas.

Asimismo, tanto dentro del ambientalismo, movimiento social heterogéneo que es el de mayor influencia y más seguidores en esta época, como en los ámbitos educativo, moral, artístico y político de la sociedad contemporánea es común la heterodoxia en sustitución de la creencia, es reinante el mestizaje valorativo, normativo y conceptual, es constante la coexistencia de discursos de distintas raigambre y orientación. La diversidad no sólo es vista sin suspicacia, sino también es respetada e incluso considerada irreductible y muy valiosa. Y la tolerancia hacia lo diferente aumenta. Pero, aunque no se condena la desigualdad económica por considerársele resultado

del ejercicio de la libertad, sí tienden a ser condenados, en general, los desafíos a los principios de libertad e igualdad: la discriminación hacia mujeres, niños, disminuidos físicos, razas, credos y animales es denostada y tratada -ésta sí- con creciente intolerancia.

Y es que al ya no ser vivida la sociedad -ni la historia- como escenario de gestas, cruzadas y enormes peligros revolucionarios o contrarrevolucionarios, sino como un mercado bien surtido donde la libertad de escogencia y regateo es la norma, la intolerancia deviene oscurantista. El consenso fundamental de hecho existente en lo moral, en lo legal y en lo político en torno a principios o nociones como tolerancia, igualdad y democracia es precisamente lo que permite tolerar cómodamente la disidencia, o intolerarla moderadamente, dado que no es percibida como riesgo (intolerancias como la que, por ejemplo, se *profesa* hacia el modelo político disidente existente en Cuba, son rescoldos de la Guerra fría o de otras guerras de las que grupos sociales oscurantistas se aferran en su miseria psíquica como de clavos ardientes).

#### Exaltación de la diversidad biótica y cultural

La diversidad de grupos, enfoques y procedimientos dentro del movimiento social ambientalista es tan consustancial y definitoria de él como la defensa y la centralidad de la biodiversidad en el ideario de ese mismo movimiento. Para éste, las especies vivas en su variabilidad y complementación son tan respetables y necesarias de cara al equilibrio ecosistémico y de la biosfera en general como para la contemporánea ideología punta -cuya dominación es creciente- lo son las culturas de cara a la armonía de la especie humana. Esta orientación, central y definitoria de la presente época -aunque ensombrecida para muchos por su choque con ciertas fuerzas sociales declinantes pero belicosas (v.g. racistas) que se hacen notar espectacularmente en los medios de comunicación- dice que debe respetarse la especificidad de cada cultura, que a éstas no debe agrupárseles en jerarquías: no hay superiores ni inferiores porque no hay una línea de progreso de la humanidad en su conjunto; cada una tiene derecho a la existencia de acuerdo a sus propias regularidades -al igual que lo tiene cada ecosistema y cada especie según los ambienta-

listas-. La riqueza humana, dice, reside enormemente en la diversidad y complejidad cultural, entendido esto no como la alta cota de progreso o desarrollo de una u otra de las culturas particulares sino como el mosaico o entramado -a veces más potencial que factual- que todas conforman (FINKIELKRAUT). Así como los ambientalistas consideran la biodiversidad una riqueza por la mera diferenciación de especies, genes y ecosistemas de que es sinónimo y por las complicadísimas relaciones internas que en éstos últimos se establecen a través de los flujos energéticos entre los diferentes elementos vivos -y abióticos- que los conforman a ellos y a la biosfera, así las élites del arte y las letras, de la educación, de la moral, del derecho y de la política consideran la diversidad cultural: como una riqueza residente en los diversísimos modos que tiene la especie humana de estructurar y conducir su vida en el planeta y residente también en los productos de los hibridajes culturales: los contactos y las mezclas son fuente de mejores adaptaciones al medio y al cambio y de más variabilidad y opciones de vida social que estimulan la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad humanas.

De similar manera que los ambientalistas no propician que especies biológicas propias de un ecosistema se establezcan en otro extraño, pero lejos de menospreciarlas alientan su existencia, así también las élites mencionadas aplauden y admiran la existencia de culturas exóticas, aunque sin invitar a los individuos pertenecientes a ellas a trasladarse a los países de origen de tales élites. Pero éstas, al igual que los ambientalistas, una vez establecidos -por cualesquiera razones- los individuos exóticos -no humanos o humanos- en el otro ecosistema o cultura, piden respeto hacia ellos: ya adaptados son bienvenidos, porque entonces su presencia se vuelve enriquecimiento del ecosistema o cultura. Y aun más allá de esto, las élites ideológicas y los sectores sociales más próximos a ellas en los países del norte valoran altamente e importan productos culturales de sociedades primitivas y preindustriales, y los imbrican o integran orgánicamente a su propia cultura (gastronomía, artes, credos, filosofías, ciertas normas de comportamiento, ornamentación doméstica: mascotas vegetales y

animales incluídas), que obviamente no pierde su papel dominante.

Para el ambientalismo, nacido y más fuerte en el norte del planeta, son especialmente valiosos los exóticos ecosistemas tropicales, silvestres aún en enorme proporción, de muy alta biodiversidad y, por cierto, sede todavía de pueblos primitivos, lo cual les añade atractivo. Estamos desfavorecidos en todo pero en esto nuestra ventaja es mayúscula y, entonces, el ecoturismo, practicado por una clase media metropolitana educada que apetece naturaleza silvestre y muy biodiversa y culturas primitivas con cuyo contacto se experimente lo que es la diversidad humana, ha devenido uno de los principales fenómenos económicos que apuntalan nuestras economías y que, en el mismo movimiento, apuntalan -y modifican- nuestra precaria autoestima. Otro fenómeno hermano de éste que resulta asimismo benéfico económica y anímicamente es el de captación de donaciones dinerarias foráneas para la protección de nuestros ecosistemas. También se ha empezado a practicar, desde hace muy poco pero de modo creciente, la venta de servicios ambientales: a través del manejo y conservación del recurso forestal, de parte nuestra, se fija el carbono generado por las economías altamente industriales, lo que, sobre la base de un contrato, consecuencia el pago a nosotros por parte de ellas; está en vías de implementación la venta de otros servicios. Y, finalmente pero no menos importante, están los nacientes acuerdos comerciales, inicialmente entre el Inbio y compañías extranjeras, para que éstas exploten ciertos novedosísimos recursos naturales (la novedad reside en que ciertos elementos de la naturaleza no son explotados en tanto *entidades* materiales -como los recursos naturales clásicos- sino que lo que es explotada es su *identidad* -estructuras moleculares; genes extraídos (MORA, 1997)) para la producción de bienes como medicamentos, pesticidas de uso agrícola, especies animales o vegetales mejoradas, etcétera; este negocio, a partir del que el Estado puede ingresar importantes sumas de dinero para protección de la naturaleza, consiste en, empezando con labores de bioprospección, descubrir en plantas, animales, microorganismos u hongos de nuestros bosques, estructuras bioquímicas o genes con propiedades que permitan producir a partir de ellos mercan-

cías (ya mencionadas) nuevas en cuanto a su uso o menos costosas, o más efectivas, que otras similares ya existentes en el mercado.

O sea, en el mundo globalizado somos ya no sólo productores de bienes agrícolas y de otros industriales aquí elaborados con tecnologías extranjeras, sino también y ascendentemente somos productores o, mejor dicho, poseedores y guardianes de pujantes ecosistemas duros de ser domeñados a pesar de su fragilidad, somos jardineros del agreste y posmoderno jardín que ahora necesitan para sobrevivir las ricas sociedades herederas del iluminismo -de la vieja alianza entre ciencia y progreso socioeconómico, el peligroso jardín con culturas exóticas contenidas que ahora quieren degustar las ricas sociedades herederas del romanticismo.

#### El auge de lo silvestre/primitivo/exótico

No es sólo, pues, un interés estratégico de la sociedad contemporánea el que subyace a la protección de lo silvestre. Los ideólogos y élites de ella valoran altamente lo que, con laxitud, sienten y conceptúan como silvestre/ primitivo/ exótico, prueba de lo cual vendría a ser, no ya la protección estrictamente ecosistémica, que podría obedecer nada más que a la procura de su mezquino provecho, sino la exaltación y protección de los pueblos indígenas neolíticos. Exaltación y protección que pueden verse expresados en la inserción de ciertos contenidos en los planes de estudio dentro de la educación formal, en legislación pertinente, en nuevos renglones presupuestarios estatales y de organismos supranacionales, en otros actos menos tangibles y más dispersos y, como está dicho, en los nuevos valores y conceptos que vertebran todo ello.

Seguramente esto no expresa que haya muerto el etnocentrismo ni que haya periclitado lo que atropelladamente podría llamarse productivocentrismo -o sea, la consideración de la producción económica como motor del bienestar humano- en favor de la consideración de que la armonía con la naturaleza -y entre los humanos- constituya tal motor. Lo que sucede es que la razón y las ciencias permiten evaluar bien la importancia del equilibrio ecosistémico y, parejamente, dentro de una suerte de neorromanticismo y de cierto agotamiento de la razón ilustrada que se vive ahora (no obstante lo recién

dicho), se hace posible admirar lo primitivo y agreste perdiéndoles el miedo y, en general, viabilizándose una gran tolerancia por lo diferente - sin que lo propio se deje diluir en lo diferente-.

Acaso este amor y este respeto por lo agreste/primitivo/exótico, esta negación de la superioridad de una cultura sobre otra, la afirmación de la particularidad irreductible de cada una y de su complementariedad y enriquecimiento recíproco sea una síntesis (aunque endeble) del iluminismo del siglo XVIII y del romanticismo que casi inmediatamente surgió como reacción a aquél. Sin que esto niegue que, dejadas a merced de la racionalidad del mercado, las naciones o sociedades acaben relacionándose de manera que unas resultan superiores a otras, avasallándolas y menospreciándolas, al igual que acontece en la sociedad moderna donde todos los humanos son, por naturaleza, moral y legalmente iguales, no obstante lo cual unos explotan y humillan continuamente a otros, y como asimismo sucede con los ecosistemas y sus componentes: se les aprecia crecientemente pero se les sigue machacando a golpes de productivismo.

Y es que, efectivamente, ya no goza de legitimidad ensalzar *la* cultura: la de las grandes obras científicas, tecnológicas, artísticas, políticas, etcétera, y desdeñar la *incultura*: lo precientífico, lo preindustrial, lo que obedece, en general, a normas premodernas y no clásicas (FINKIELKRAUT). Como tampoco es ya válido convocar a empresas para el progreso económico o social sin asegurar fehacientemente que las consecuencias sobre natura serán inocuas o benignas. Se encomian las manifestaciones de la (aún por algunos llamada) *incultura* -v.g. ciertas músicas, ciertas terapias, ciertas creencias místicas, ciertas prácticas económicas de pueblos "atrasados"- confiriéndoles el mismo estatuto

que ostentan las grandes obras consagradas en la cultura moderna; y se elogian y respetan, asignándoles ese mismo estatuto, ciertas manifestaciones *subculturales* -como el movimiento rock, el *new age* o el naturismo- dadas en el seno de las sociedades modernas que desafían los cánones de belleza, científicidad o eficiencia tecnológica de éstas. Se glorifica también la naturaleza salvaje, incluso esa que devora a quienes osan penetrarla, sean hombres extraviados o ejércitos, no sabiéndose al final si fueron plantas, animales o caníbales los que limpiaron la selva de aquellos intrusos, siendo pues lo alabado, a la larga, uno solo: lo agreste/primitivo/exótico.

En la base de este giro ideológico de las sociedades contemporáneas inescamoteablemente está (no como causa) el desarrollo y popularización de la antropología y la ecología de los años 50 y 60 de este siglo -respectiva y aproximadamente-. La antropología insistió mucho, entonces, en la desjerarquización de las culturas negando *una* línea de progreso común a ellas; y la ecología pulió y relanzó la idea de la insustituibilidad del lugar y la función de cada uno de los elementos constitutivos de cada ecosistema dentro de éste, y también de los ecosistemas dentro de la biosfera, en la que el ser humano es sólo un elemento más.

### Referencias

Mora, Eduardo. 1996. "La indiferencia ambientalista frente a la potenciación del mercado". En *Ambien-tico* n° 42, julio 1996. Costa Rica.

----- 1997. "El concepto *recurso natural* en el discurso sobre biodiversidad". En *Ambien-tico* n° 54, setiembre 1997. Costa Rica.

Finkelkraut, Alain. 1987. *La derrota del pensamiento*. Editorial Anagrama. España.